VIII BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
GUSTAVO PEREIRA
POESÍA - 2025

MÁQUINA DE HACER DESPEDIDAS

Liwin Acosta



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Máquina de hacer despedidas

VIII Bienal Nacional de Literatura
Gustavo Pereira
Mención poesía
GANADOR 2025

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Máquina de hacer despedidas
©Liwin Acosta

Diseño de colección
José Gregorio Vásquez

Corrección
Nagdy Valecillos

Diagramación
Odalis Vargas

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El
Silencio. Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal n.º DC2026000928
ISBN 978-980-01-2649-3

Liwin Acosta

Máquina de hacer despedidas



VIII Bienal Nacional de Literatura Gustavo Pereira 2025

VEREDICTO

Nosotros: Egidio Gabriel Saldivia, Cósimo Mandrillo e Ingrid Chicote, jurados de la VIII Bienal de Literatura Gustavo Pereira, mención Poesía, después de un arduo debate, luego de la lectura de los libros enviados, hemos acordado darle el premio a Máquina de hacer despedidas, firmado con el seudónimo Gloria Bellesi. Al abrir la plica, el autor resultó ser Liwin Eduardo Acosta Ramones. En nuestra deliberación encontramos que Máquina de hacer despedidas es un libro que nos transporta a mundos imaginarios, donde el ser que escribe se afianza en la complejidad de una voz poética que explora el mundo y sus relaciones con la universalidad del ser y sus circunstancias. Consideramos que este libro, con un lenguaje sumergido en lo simbólico, lo mitológico y lo cosmogónico, construye paisajes oníricos cuyas imágenes complejas lo convierten en un libro completo y muy bien escrito. La voz poética se muestra uniforme, lo que da unidad de sentido al poemario.

Consideramos que una obra artística o literaria se hace valiosa cuando crea, inventa, propone espacios o mundos a través de imágenes que, en poesía, sugieren múltiples lecturas o visiones fundamentales para un todo creador, ya que solo así la obra poética alcanza trascendencia en la fugacidad del tiempo. ***Máquina de hacer despedidas*** tiene esa fortaleza, es decir, crea mundos posibles con la palabra inmersa en las honduras del mito y el reino de los sueños. El texto poético no tiene que definir nada, no es conceptual y no pretende «verdades». El texto literario es una verdad en sí mismo, y se rehace constantemente en el tiempo. En ese sentido, la poesía no es de ahora, tampoco del futuro cronológico, sino que, en su misterioso transcurrir, habla en todos los tiempos.

Firmamos los jurados, a los 8 días del mes de octubre de 2025.

Egidio Gabriel Saldivia Cósimo Mandrillo

Ingrid Chicote

A mis padres y a mi hermana

I
Armazón

Al organismo le interesa vivir
no tener sentido.

Macedonio Fernández

Ciervo Sagrado

Dejaré que la pupila se arranque. Dejaré que el silencio hurgue y se llene de ataúdes. Tres violetas para el muerto que saluda en cada orilla. La voz repite. La tormenta reclama: escoge bien a tu manada. Unta el cuerpo de tu reina con saliva de espectros. Dos calvarios anteceden a su aparición. No poesía. No profecía. En llamas arden sus dientes apretados. Encendido está el cuerpo en medio del bosque, el viento repite. Las hojas caídas susurran: anda sereno entre las piedras, abre tus ojos al resplandor del día, espera sin premuras que la savia es justa con el ritual de los helechos. Lento es tu paso hacia el altar de ramas y flores azules. Lento es tu tránsito de oruga, gota que desliza sobre la corteza. La madera repite. La yesca avisa: escoge bien tu hoguera, no hagas arder tu carne en vano. Calienta tus manos sobre las mejillas de tu aldea. Dejaré que el ciervo sagrado paralice la tormenta, me vista de agua los dolores. La voz repite. La tierra advierte: escoge bien tu cueva, sé con tu sangre el hijo más valiente de los árboles.

La Edad del Agua

Cabe en mi mano el fino abrazo del océano. Es isla incierta este derramar de cuerdas transparentes. Columnas de aire comprimido se tuercen hacia el cielo. Prístinos corales guardan el cáliz del reino subterráneo. No es pobre el tiempo si sus mandíbulas mastican lo inasible. Espiráculo. De palo santo el techo para recibir la lluvia. Regueros náuticos recuerdan su estadía en la casa del pulmón. Toda su sed es suplicio para las semillas. Han sido niños los cangrejos ermitaños y viejas hermanas las yubartas boca arriba. Rebota adentro el golpe de la gota sobre la gota muerta. Traspasa el atolón la resonancia en lo profundo. De oscuridad y fósforo se erigen templos. Vino de arriba el traqueteo en la frente. Cabe en mi mano un alevín azul, un agitar de párpados sembrados en la escama.

Pozo relincho

Perfecto enunciado Anacreonte. Materia evanescente se dispara de mi frente hacia la lámpara de añil. Mis ojos trafican con lenguas naturales. Reescriben con hojas de un papel sellado en nuevos símbolos. Hundo mis pies en la sintaxis. Hacemos del canto una sencilla sucesión de sílabas de agua. Esparcimos las semillas al viento como estrellas que dibujan la silueta de un ciervo en el pecho del horizonte. Atravesamos pieles con soplidos. Díscola se acaba esta sesión de viajes iniciáticos. En torno al fuego del origen, bailamos. Relincha el pozo, con su caballo sumergido en las profundidades. Pozo relincho que restaura la sabana en crines. Enarca las orejas en todas las direcciones, ábrelas como si fueran alas. Es posible volar con el cuerpo ungido de raíces. Calla ante la savia y su camino trazado en la corteza. Toca. Deja caer tus párpados. Una cascada de luces esconde los secretos. Tras el rumor los pájaros anochecerán con sus picos llenos de sangre. En su caída los árboles correrán de nuevo. Te recordarán el marchitado hogar de las caléndulas.

Epístola del escorpión

Empiezo por la más obvia: ¿qué es poesía?
En teoría, la única ciencia que se ocupa del problema.
Vicente Luy

Ojos talismán. Luz de amuleto. Oracular milagro. Habitan en mí, pánico y violencia con cada respiración. ¿Será el amor lo que se aleja como la silueta de un animal perdido en el monte? Querido Luy, ángel reventado en el asfalto, aparta de nosotros tu enclenque figura. Es tu venir padecer cáustico de sangre, úlceras, sesos, mandíbula que estalla, rota cámara que tiembla. Te veo trémulo con tu espigar de trigo seco, huesudo, harapiento y tembloroso como el humo de tu cigarrillo. Espanto de pájaro de lumbre. No sabes decir de ti más que esta olla de fuegos fermentados. Más que tu imagen estampada contra el mueble como una calcomanía borrosa. Sal del jardín. Vete de esta casa-desierto donde nadie escucha tu grueso lamento. Ve quebrarse en ínfimos pedazos la quilla del barco de dios. Sácate las córneas y déjalas volar. Lejos, muy lejos serán dos alitas del llanto para quien entienda tu dolor. Dos caravanas siguieron tu cuerpo hacia la morgue. Una de fantasmas con las pieles cosidas al cielo. Otra de zumbidos atrapados en tu cola de escorpión. Al traste, Luy. De estrecho mar se ahítan las horas esperando tu salto, creando con las nubes un hogar para ti. Verbi-nautas logo-nautas rito-nautas. Nadie va a editar tu alma famélica. Nadie quiere publicar a los feos así escriban bien, dicen tus epitafios. Sos raquítico, canijo y suburbano. Un lastre, Luy, un lastre. Último escorpión, Vicente.

Ángeles de Alejandría

Desde Alejandría aterrizan pájaros quemados. Como nubes derretidas aparecen, ángeles del cielo que espejea el Nilo. Despellejados, en los puros huesos miran desde arriba con ojos de moneda antigua. Se han extinguido tras el crepitar de las breñas. Sus alas ateridas, juntadas en cartílagos roñosos son el sacrificio. Caen torpes, los pájaros, sobre las cuencas de tus manos agua. Salto de gacela que huye. En la llanura otras pisadas anteceden al depredador. Los atardeceres crecen como amapolas en tu cuello. Las velas flamean en el sueño erosionado del reptil. Ángeles de Alejandría. Tras el rumor de las cenizas que respiro se oye un lento quebrar de témpanos. Su código es fractura, suave deslizar del sol sobre la nieve.

Las hijas numéricas

Se agitan las muñecas del amianto. De ecuaciones están hechos sus cuerpos y caben en su sangre todos los números del mundo. Saltan las hijas como anfibias crías del estanque luminoso. Es piedra angélica, talismán originario, aquel territorio santificado de extracciones. Se ajustan los grilletes a quienes danzan el cómputo neurótico. Cayeron electrones en su cara como gotas de lluvia negra. Ondas y partículas se elevaron sobre el techo del castillo. Magnética costumbre del encanto la de aparecer en tubos de ensayo, pipetas y matraces de este experimento fantasmal. De *quasar* revestido y rojas ramas son las nomenclaturas insulares. Pura estrella reviviendo en su saliva.

Cruces de palma

Cruces de palma. No vinieron, las palabras no vinieron. No bastó con que mis manos temblaran frente al sacrificio. No bastó con invocar a todos los dioses del estruendo. No bastó con abandonar a mi padre antes de su nacimiento. No vinieron, se estamparon sobre el cielo de los colibríes como una madreselva de ojos. No vinieron, se quedaron estancadas en el pozo enrarecido donde hundí a las bestias del poder. No bastó con que ella se perdiera entre los rezos de la abuela frente al guayacán del patio. No bastó con que madre olvidara el canto de las ciénagas. Es la madre la que las golpea. Es padre quien les tritura sus lenguas pájaro. No vinieron, las palabras no vinieron, no vivieron este infierno de hojas amarillas frente al brazo roto de la infancia. Este conjuro que hago viendo al mar con ojos de niño ensimismado. Este viejo himno que extraigo de los confines del bosque rojo. Esta admonición de céfiros y sátiros no es canto, es dolor acumulado en las muelas del arraigo. Cruces de palma inscritas en la frente. No vinieron, me dejaron solo. Otra vez solo. Atravesado por el nombre. Atragantado de silencio.

Lluvia

Hablar de la lluvia, con la lluvia, ser con ella espejo reventado. Va solo y en silencio acerca caracolas a su oído. Escucha en su rumor un himno. Mueve su boca-pico como cueva de ultratumba. Trae entre sus dientes el mandato reverdecido de la muerte. Crear con el idioma de las gotas un mensaje planetario, aspira. Apenas un mutismo ensalmado que camine sobre la corteza de los astros. Pura esfera que lo colme, le devuelva lo retráctil, el agarre, arriba en lo alto del follaje. Nadie recuerda la succión de la tierra genesíaca, su tragar de semillas erosionadas. Pocos se abrazan al viento. Calla. Solo. Atisba su rostro reflejado en el charco de los años, un ojo de agua allá en el valle de los ciruelos azules. Cada gesto en su cara dibuja un mapa en el aire. Una región de nuevas simpatías. Un renovado habitar desde el asombro.

Dripping

Flor carnívora que llora en las afueras de la iglesia. Vierte en las grietas lágrimas de aceite hirviendo. Dios no conoce tus súplicas cetáceas. Dormido pez que sueña con la danza inmóvil de los asteroides enterrados del sueño. Es quebranto cada átomo que se ensimisma en el palco de los días autistas. Adhiérase al altar cada insecto calcinante. Petrificada es su proscrita lumbre. Feligreses traen ofrendas con llagas en los hombros. Gotas de sal golpean la frente del lagarto, sus escamas se deshacen. De amarillos pálidos sucumben los desfiladeros. Mueca devuelve un cielo atravesado por el símbolo de los ríos detenidos. Peso de humo atascado en la garganta. En el pasar de sus pezuñas sobre el bosque, el cómplice consume su ficción. Lengua, lenguaje, tierra baldía, polvareda. Todo huracán si no devasta es claro insulto, perra ciega ladrándole al cabrío. Barrer las tierras, sacudir a los espectros de las ramas. Bajar a las brujas de las azoteas. Desde el lago nos miran los ángeles perdidos. Flor de dientes puntiagudos. Blando es el recuerdo de tu sangre. De hincadas uñas es tu hambre de miseria.

Cautiverio

En cautiverio graznan las sílabas del desamparo. Ojo mitad reloj, mitad mandril. Sin los barrotes, la ilusión de haber sido creadas por dios las envilece, tuerce sus cuellos hasta el exorcismo. De cara a la intemperie, con el sopor hundido de una estrella que agoniza tatuada en las frentes. Su cuerpo, mitad reptil, mitad desierto clarea los huesos-sangre hasta la transparencia. Confundo lo invisible con la enfermedad de los cíclopes, se vierte sobre el suelo como luna derrumbada cada bestia de alas. En cautiverio pierden sus collares de piedras marcianas. Dos perros de madera les ladran desde afuera y ellas callan, casi mudas. En su silencio se oye el reverso del mundo, el eco de un infierno con cuchillos.

Perro bendito

Oculta está la presa si digo mandíbula atascada en los pliegues del estambre-llanto. Otro aire inflama el cuello de los libros. Este monte ahíto de oscuras tormentas me reclama espacio en las entrañas. Aterido está el zumbido en su copa de huesos. No revelan súplicas paganas viejas ramas de eucalipto, apenas el eco de un aullido habla del lobo en las esquinas. Emerge un crujido de lo hondo y en cada puerta nos traspasa el sueño. De lingotes tu jauría. De mastranto el cielo. Berenjenas caen a manchar el lienzo. Nada en el pelaje avisa del cansancio. Óxido. Vergüenza. Una ristra de ajos se colgaron las señoras en el pueblo. Con el hocico abierto y la espuma que chorrea es diablo el perro. Otro hijo perdido en el anochecer de los sepulcros.

Opabinia

Te abrieron las pupilas para que otras almas se comieran tu memoria. Te abrieron la frente para sacar de ahí las cabezas de sus dioses. Sordo sacrificio. A demorar la mortaja hecha de luces te exigieron. Eso escuchaste, un mudo repiquetear de gotas golpeando la madera. Un chirriar de cuerdas deslizarse en los horcones. Presa de órbita la rasgadura del báquiro. Brillan sus ojos como dos monedas clavadas en la noche. Reguero brujo de cenizas sobre ramas y caparazones. Bebe lo de adentro. El fósil quema los recuerdos que no quieren volar. Son alas del milagro sus resortes. Te quisieron apedrear las puertas de la casa. Barrer tu huerto y destajar las hortalizas. La polvareda se levanta con su ansia de escudo y te protege. Lantano duende. Baja tus bártulos del miedo. Sube. En el ascenso no hay conejo vivo. Esparce las semillas. Te abrieron el pecho para crear al muñeco de maíz ennegrecido.

Disforia de ataúdes

Con metálicos silbidos, dos grillos quiebran los vidrios de la casa donde duerme dios. Lo despiertan. Isocronía. Poeticidad del derrumbe. Todos caemos. Mínima música que se clava en la madera. Roer de insectos abriendo la oscuridad en su mundo muerto. Clavicémbalo. Escolopendra. Lutecio. Verde crepitar de las costillas buscando un cuerpo. Notas al pie de página de Rimbaud ¿Si abro mis manos dónde caerá el significado de las cosas? Cerrar la puerta a los que traen el alma cubierta de podridas ramas. Bestia ensimismada que no despega los ojos del piso. Murmulla un oso su oración de invierno. Esqueleto. Escafandra con hojas afuera. Golpes secos de muertos que quieren levantarse. Sacuden sus lápidas. En el camposanto la paz es un recuerdo. Acá se escuchan voces, se rompen los cántaros donde guardaron su silencio.

Corimbo

Desmemoriado es el gorrión que derrama su dulzura entre mis manos niño. Mutilados cuerpos se devoran a sí mismos en el cuarto de los girasoles. Coriácea espesura. Bahía redentora de espiráculo. Corimbo de estrellas silenciosas. Sal espiga, de esta tierra yerma que los burros negros olvidaron. Racimo corrompido de jardines de azufre. Umbela iridiscente. Es la plaza una boca redonda por donde el gigante escupe el humo. No vengas a este opaco vientre donde todos fingen que se aman. En un pasado lejano hubo ternura en sus pliegues. Otra melodía tocó sus dedos. Algo así como un olvido. Algo así como un cielo coronado de escorpiones.

Corona

Empuñadura de cielos, pináculo de sueños cordillera, imagen que oscurece sola en el desierto. Acá te hablas del sol como quien rinde tributos a sus muertos. Larga es la persecución de criaturas cantarinas. Sordo crepitar en la lengua. Corona de huesos. Hienas presagian. Otro zumbido en la ventana. Asomar de madre que espera frente al vientre del poema. Caen las iglesias sobre tu cabeza como aves derribadas. Música. Música. Canto oceánico. Bella Jauría, es gitano tu desplome. Del desastre otra signatura. Agua negra que me sube por los símbolos. Revela el velo, quita su forjadura de río contra río. Reverso de sudario. Sí son libélulas quienes vigilan talismanes. Sí son arañas quienes olvidaron el camino de regreso. Hemos tragado piedras y dentro se abren riscos, canteras, nuevos continentes. No tapen las puertas con cadáveres. Casa aún. Sin alma aún.

Flecha y mandíbula

Cae la piedra sobre el río y es silencio extraviado en los pliegues del lenguaje. Pesa palabra. Trisca, pulso aéreo que se tensa hacia un horizonte de huesos. Cae palabra como piedra hueca y adriza silencio su vacío de espinas. Luz que no sosiega. De la orilla hacia lo hondo llevan su rencor, heridas por la súplica de dios buscando nuevos herederos. Serán silencio las palabras que regresen a la superficie como barcos. Flecha y mandíbula. Cuerpo que moja cada símbolo hasta deshacerlo.

De números con caracoles

De sus manos salen números como actos de magia. La escriba aparece cubierta de musgo detrás de la sombra. La luz es un lenguaje perforado por migajas de dios. Si vienen alas que sean como frutos almacenados en la boca. Globos de sangre reposan en la sala de las escolopendras. Hagamos de la confusión un credo. Reverso del viento, hilo que corre por las magulladuras del santo. Debajo de las piedras te espera tu madre con viejas oraciones. Números y caracoles cargarán de noche tus profecías.

Los vagabundos

Como bufones enloquecidos por el sabor de una estrella, hablan con la calle los vagabundos. Agitan sus brazos buscando despegar. Crean su oración de sal con las gemas perdidas de la reina. Golpean cada puerta para dar su mensaje hecho de crines y crestas, pero nadie les abre. Vagan como almas en pena en las plazas del pueblo. Alimentan la jauría con su pan de coral. Tuercen sus muecas para confundir a los guardias del castillo. Sus lenguas envejecidas aprendieron el idioma de los árboles. Duermen boca arriba y con la panza expuesta al sol. Amanecen con el fragor del castigo. Llenan de luz el recinto de los caracoles.

II
Motor

Tan solo sé
que el bosque errante de los nombres
es mi hogar.

Amelia Biagioni

Extraños metales

La palabra es un cuerpo extraño
que crece en la boca.
Mastícala.

Elisa Díaz Castelo

Boquea el pez en la orilla del lenguaje. Pez-poema recoge piedras en la cueva del cangrejo. Emite el canto enredado en la atarraya, presa a punto de quebranto último, pieza admonitoria. Boquea agónico, largamente, indigesto de metal extraño y con la tumba edificada en el aire. Tierra rara sacude nombres, prepara esquelas. ¿A quién le entregas tus palabras previo al descalabro? ¿Quién vigila tu evanescencia en la aniquilación? Boquea y nombra. Sabe poema-pez que eso que apenas queda y dice híbrido hijo del disprosio, es mutante casa. Acá el pórtico envuelto de fuego se viste de cristal, veteado cerio. Prometió terbio y tulio. Boquea y calla. El itrio es un recordatorio del milagro.

Sándalo

Un niño descosido conoce todos los idiomas del mundo. Su inusitado músculo anticipa al símbolo de aire. Llega a él por separado, junto a las ceibas escondidas en la entraña de la niebla. Sus ojos son portales donde se cruza el universo hacia sí mismo. Un niño no conoce de raíces, pero aprendió a ser estrella, pájaro y viento a la vez. Revisa las cáscaras de los cangrejos muertos en la orilla buscando a dios. Sabe que en el vacío brilla su oscuro y sagrado fantasma. Dos niños son el amor abriendo las puertas del tiempo. Llaves del milagro. Tres niños son el cielo a punto de llover. Nubes repletas. Agua cayendo hacia la sed de las ígneas semillas. Una selva hecha de adioses. Recuerdo del sándalo en la casa que respira sin pulmones. Un niño es el mar reflejado en el espejo, danza de sal y arena entre los dedos.

Hortensia

A J.

Prístina espesura que por la rendija entra. En las zonas intermedias crecen pájaros como frutas de sol. Picotean su cabeza: piedra de sal. Perfumada nunca estuvo, casa perdida de cielo, mar y horizonte. Las tinajas desbordaron su agua. La arcilla se agrietó, no aguantó tanto silencio. Del respaldo de las sillas cuelgan relicarios: puentes únicos entre este mundo y los otros. Las paredes desconcharon las plegarias del destiempo. La voz se hizo relámpago. El fuego, resplandor posible, firma del cielo entre las manos.

Súbita golondrina

Súbita golondrina que emerges del follaje ¿Cuántos credos caben en los dedos del padre? No habrá aves en el cielo si no aviones con picos de vislumbre. Súbito es el pálpito del enfermo pájaro. De inútil a imposible se ha vuelto el rezo en cada voz. ¿Qué hacer con el silencio que roe la piel de los arcanos magos? Apagamos las quebradas llamas con el alcanfor. Desde abajo ocurren marcas, voladuras y espejismos. Un rosario de cerebros atraviesa el monte. Trasquiladas, las pupilas sorben un elixir de vidrios rotos. Pega el rostro sobre el pecho del gorila que nos canta. Súbita palabra que se enreda en los cables de la calle. Gusano blanco, ventosa y escama. Golondrina de membrillo, sufre intenso. Varios perros se apuestan fuera de la iglesia, ladrando al matorral. Se mueven hojas y mis ojos resplandor acusan. Súbita golondrina acaba con tu agonía. Eres cuerpo redimido. Precioso agitar de las mareas.

Mecánica celeste

Cáscaras de arriba, nubes de fruta consumida. Tambor de mar en el ojo. Pájaros sin nombre vuelan como trazos de alma. Quizá pintor con hambre aquel que insiste en el dibujo. Los árboles son mensajeros. De su cabeza hacia arriba hay códigos. Letras y sílabas escritas desde el follaje. Tornillos. Engranajes. La gran máquina del blanco. Afuera son mayores sus temblores. Vaga raspadura. Lo escrito como símbolo ganado a lo fugaz. Hojas, cuerpos relegados a caer sin pausa. Un rayo efímero llega a mi rostro en viejas barcas. Varias mariposas hablan de lo oculto con la hierba. Pelusas de luz. Cáscaras sin cabeza. Piel borrada. Réplicas de un mundo atravesado por el signo irrevocable. Otro escozor semántico. Cielo con animales de tormento. Materia estéril desvaneciéndose en mi mano. Caballo negro del rencor. Lienzo de aire. Pulpa de estéril asidero.

Abedules

Rota está la magia en el bosque abandonado de los abedules. Trabaja la triste torcedura de la trinitaria sobre el musgo. Espora cae y sigilo avisa. Dentro del oído el valle, cuenco de seres milenarios, grita. Este crecer de cenizas como árboles retuerce aserraderos. Dos plumerías amarillas adornaron su lápida un domingo. Aquí no viene nadie, repetían los aparecidos. El viento apenas nos recuerda. Regresan hienas como viejos feligreses. Su risa es el rumor de dios en el desierto. Arenas con insectos de luz se adhieren a la espada. No queda nadie por matar. No abras los ojos, ni intentes acercar tus manos a este fuego. La noche cae como un espeso manto de hormigón. Rotos están los frascos, las botellas. Quedan pócimas por fuera. Ningún conjuro, semillas secas, cuadernos envejecidos. Roto está el adagio que alucina entre las hojas.

8 mil monedas

8 mil monedas por el libro negro del sol. 8 mil caras por el reverso amargo de la luna. Prados de alfileres. No su río, su fuego Heráclito. Arder ahí, en la cresta de su llama argenta. Arcano poder atrapado en las alforjas de la noche. Crea adentro la fábula del lobo. Hunde sus pezuñas en el gran pozo de las vidas anónimas. Noche de 27 estrellas, ilumina este cántaro roto. La palabra que esconde el nombre, muerde. No trafiques con ajenos misterios. En la esquina roja hay una llave. Debajo de las piedras otra puerta hecha de algas se abre. Boca de cardumen, baila entre cíclopes. Vienen de lejos con lápidas en los ojos. De cuero trajinado serán las ofrendas. Incauto quien se adhiere al naranjal. Caen del techo migajas de cadáveres. Son gendarmes los escarabajos. 8 mil monedas por la tumba del ángel. 8 mil ángeles zanjarán la tierra a la mitad.

Un beau cas pathologique

Crece la yerba en la córnea del insomne. Sobre la luna se levanta un escorpión de espigas. Cubre la niebla la piel envejecida del bisonte. Es Altamira cuenta regresiva del espasmo. En sus costillas de humo cabe al infinito. Lianas de acero atraviesan las miradas devueltas por la infancia. Puro escozor el de viajar hasta lo oscuro, hábito calmo, denso pozo de nomenclaturas y ecuaciones. Del pecho despedazado de la reina emergen grietas hacia otras dimensiones. Salen de cada entraña lanzas como cifras, dibujos terribles, cenizas del enrarecido altar. Niebla sobre niebla. Chirrían los huesos de tus alas permanentes. Es su canto un tremolar de hojas matutinas. Rumia desfiladero como paquidermo hambriento. Es casi luz este caer sin suelo ni aire.

Colonia

Carniceros pájaros duermen en la mano de la niña que amas. Sueñan con caer al túnel del ratón. Tres viejas ciegas vigilan tu voz de pichón anochecido. Cae la lluvia sobre tu libreta de conjuros blancos. Cae sobre ti como una bendición de piedras calcinadas. Cae sobre tus poemas. Los derrumba, castillos de aire encerrados en la jaula del signo. Imágenes vírgenes, prístinos dibujos en los colmillos del jabalí. Te devoran, los ojos de la niña te estrujan. Pedazos de ti rebosan en su pequeña cesta de mimbre. Su colonia de aves asesinas ha despedazado tu cuerpo frágil, movedizo. Y tú sigues cantando. Pájaros carniceros revolotean en la boca de tu niña, en su sexo dentado. Sus senos turgentes brillan como espinas de circonio. Tuercas en sus ojos. Latas en sus frentes. Los verdugos saben. Han masticado tus ingles para abrir las puertas hacia la celebración. No hay memoria, solo carniceros pájaros triturando tu lengua con sus picos puntiagudos, empalando el poema. La colonia que tus ánimas estaban esperando.

Náufrago impuro

El mar abre sus ojos de mandril ante las espuelas del sol, gallo florido. Espectro mercurial. Es náufrago o acaso impura orquídea de tu invernadero. Del este vienen marchas de camellos. Procuran levantar la tierra sin que las huellas los traicionen. Paso sin nombre. Con los ojos llenos de algas atisban las estrellas de su nueva constelación. No es desierto hecho de sangre y costra este tintinear de candados en el puente hacia la otra república. Atraviésalo. De misterio opaco se oscurecieron tus cuernos milenarios. Si eres animal cabrío espanta a los ilusos con tus patas de alabastro. Es la cima ardiente el lugar de las revelaciones. Guarda en los bolsillos los pájaros de la niñez. Tus manos manchadas de hollín abrirán las jaulas, amanecerán con el vuelo sellado en cada palma.

Nictibio

Manojos de urgencia cuelgan de mi cuello, hacen barrer mi cabeza sobre el piso. Descubro ángeles pisoteados entre las sobras de la fiesta. El invitado incómodo devora lo poco que dejaron los dueños del banquete. Camino con los ojos cerrados y acaricio con mis yemas el musgo acumulado en las paredes. Aquí estuvo el mar, me digo. El musgo cubre mis brazos, me crea una armadura. La sal cuartea boca. Somos su casa. El resto de los condenados se comen entre ellos. Salgo a oír el canto del Nictibio. De ánimas sin ojos se hace mi bandada. Elevo mis súplicas y el cielo preñado de horizontes es mi página.

Sellos

Recibe cruces de palo santo en su frente amarga, desprecia el aire inflando sus mejillas. Miríadas de ojos observan tu caída al final de la maleza. El horizonte es un trazo de ocres acuarelas. El cielo póstumo cangrejo. Cada segundo una casa vacía, cada minuto una mujer desolladla frente a las iglesias, cada día un niño con sombrero. Acaba por llover sobre las flores. No te resistas. Jura ante la sangre de la bestia, mancha su tintero. Te pintará el rostro con sellos de otros mundos. Haz la reverencia. Apaga el canto. Devuelve cascarón, tu tiempo. Imagina que dios te tiende la mano y te levantas.

Nido

¿Qué habrá debajo de las piedras que el sol no toca con sus dedos hijo? ¿Será su grieta un pasadizo para ángeles de tierra húmeda? ¿A dónde van los perros que danzan por los márgenes del cielo? Cuerda floja que se templa es templo de lo suspendido, de los brazos que planean para evitar la caída, del cuerpo que busca su centro, como el pájaro en medio de la tempestad urge su nido. Caminan sobre hojas secas las hormigas del milenario anochecer. En su marcha ocurren viejas fábulas en un idioma de vértebras azules. Tiemblan mis pies. Soy solo un niño que aprende a andar sobre las nubes.

Trópico

Crujen las cavidades del crótalo. Edificio cascabel. Trópico de huida insiste selva. Sol que clava su tristeza en las semillas. De hoja quemada se escriben letanías. Devoran las termitas el corazón del roble. Roen pies de caucho y ceiba parturienta. Retama calcinada. Carótida aterida, es su savia una hinchazón de muelas. En antiguas músicas renacen frutos como nieblas. Espeso es el follaje del símbolo de sal, denso su tejido de amapolas y maíces.

Niño

Afilar el cuchillo del ojo con la piedra del cielo. Que brille la hoja como nube incrustada en la retina. Cortar el velo que se impone. Rasgar su cortina de ataúdes. Reverenciar lo muerto, punzar cada territorio de la sombra. Afilar el ojo e hincarlo sobre el viento. Aquilatar la ceguera, que la punta sin destino traspase la carne del animal bifronte. Hundir el ojo en el agua como un niño que busca peces de oscuridad. Dejar que la hoja se clave en el estanque de los sueños hasta dividirlo.

Cima

En la cima ardiente un macho cabrío dicta su versión del libro negro. Abajo suplicantes cargan cestas floridas y los cuerpos de las hembras magullados por espinas. Cielo de azul endurecido es piel y manto de celebración. Traen a las elegidas empapadas con resinas de corazón oscuro. Vienen colgadas como bestias para la consumación. En la cima, más arriba, un batir de zamuros en círculo corona los rituales. Será la carroña su respiración abierta de futuros. No chillan, las hembras apenas susurran. Invocan ellos y sus manos tiemblan de dolor. Las golondrinas suben sobre los horcones, picotean las cuerdas y suavizan los llantos con su canto angélico para el final.

Gendarme

Soñó el gendarme que en sus brazos la princesa suplicaba una embestida. Soñó que en el palacio no quedaba nadie. Que el polvo levantaba monumentos en el aire y cada puerta gritaba desde adentro la música de los arrepentidos. Soñó que bajo sus pies el cielo era el suelo de su casa. Que entre las nubes el Rey lo invitaba a un banquete con su séquito de envejecidos comensales. Soñó que le crecían alas de coleóptero. Que en su lecho de muerte la madre revelaba el secreto de los castigos de dios. Que sus pies volvían a ser niños en una pila bautismal. Fuente coronada de serpientes y lobos clavados sobre el rostro de su padre.

III
Engranajes

Este verso es la verdadera
doctrina mágica, un absoluto misterio.

Horacio Warpola

Placenta

Nací del futuro con los girasoles del hambre. Rompí placenta y en el pico traje un pez de oro. Solos, abandonados, mirábamos a la bondad arrastrar en las aceras su gran cola de reptil. Nací del futuro con dos peonías amarradas en las patas. La vieja de los milagros nunca más miró mis ojos. Solo repetía con sus brazos alzados al cielo: escóndete del sol, escóndete del sol. No hubo en el huerto más espacio para las falsas semillas. Nací del futuro con auyamas escribiendo sus recuerdos sobre la tierra muerta. Su hijo es la pieza que faltaba para que arrancaran los molinos. Las escaleras se borraron y ya no se pudo subir más. Hubo quien con sus martillos quiso clavarles estacas de rabo e' ratón al pecho de las flores. Nací del futuro con el animal de sed pegado a mis orejas. Serás calvario para el que no sabe ver su estrella. Serás culpa en los ojos de las bellas insomnes. Serás dolor para las ballenas del apocalipsis. Nací del futuro con las gemas del encanto colgándome del cuello. Puro suspiro. Hálito quemante de los mercaderes del mediodía. No nací del tiempo y sobre mi cabeza se levanta el humo de los muertos.

Burro negro

Burro negro acaba por cumplir con el augurio de las viejas y sus salmos. Rezan sus largas letanías con zamuros incrustados en la cruz donde iba cristo. Beben del cáliz antes vaho agrio, sangre vieja del coyote. Burro negro lee alpiste, semilla de auyama, hojita suelta de diente de León.

Labatut partido

Fallar de
tal modo que algo hermoso se
abra en alguna parte.

Luis Eduardo García

De mis manos emergen colores raros. Espirales de sueño, galería de bestias con cachos de metal. Nada cabe en sus líneas de aserrín. De nada sirve un Labatut partido sobre el trono transparente. Pocos sabrán del dolor de Bellessi atravesada en las aceras por lanzas de hormigón. Acá es costumbre verse el rostro trajinado con caléndulas de ojos, eucaliptos de nariz y hierba malas entrando por la boca. Delirando es que la vida estalla. Naranja que se pudre en el patio descubierto a los zamuros. Talismán de sangre, dibújame en la frente el triángulo, en el pecho la cuadratura y protege mi cabeza con plumas amarillas. Basta ese sonido de bestia hundiéndose en el agua seca de la entraña. Cuélame las lágrimas. Haz con la sal estatuas de vírgenes extraterrestres. He sido mudo ante los árboles que vi de niño. Hoy regresan y me abrigan con sus hojas. De qué sirve un Rimbaud dividido como pan para los hambrientos si nadie come. En el bosque se pudren mis palabras. Lenguaje madre, padre, hijo. Antiguos habitantes cavernosos. Apremio de las manos que en colores raros busca derramarse. Es confuso el ritmo. Difusa es la música en la que dios habla con las piedras.

Música de fondo

Cae el graznido sobre el techo como canto bautismal. Adentro escuchan las señoras de la cena con difuntos. Los platos revientan contra el piso, las copas se llenan solas con la sangre de los cuadros. Los pasillos se repliegan, los pasos que dan los objetos es música de espíritus antiguos. Respiran las sillas solas. Opacos dioses discuten en el lenguaje de los móviles. Seres de polvo dibujan en las paredes cifras, códigos, líneas de una geometría imposible. Con su alfabeto de aerolitos devastados escriben los bombillos. Pasan frente al ventanal niñas con sus velos de la primera comunión. Hacen cruces en el aire. En un rincón de la sala mis carritos de madera giran sobre círculos de tiza. En el radio del abuelo se escucha un bolero que habla sobre una despedida. Dentro de los cuartos voces de añil inventan rezos. Cada repique en las campanas de la iglesia es un recordatorio del confín. Hay que salir de aquí. Hay que aprender a abandonar el cielo. En esta casa, toda nube es una condenación.

Criatura Extraña

De sus costillas hacia el cuello crece un animal de blancas amapolas. Fósil cazador de microscópicas presas. De un cámbrico hueso extrajo el tuétano la ortiga. Solo pétalos contiene su sintaxis, danza espiral entre las breñas del monte. Corre el río con sus pies de plomo. La respiración es oceánico lamento en el pecho abierto de las bestias. El humo trazó un pájaro en la orilla de la súplica. La simiente clava sus respuestas en los brazos del llantén herido. Trébol blanco de ojos múltiples. Una casta de gerberas cubre su piel de amargas grietas. Oyó a los árboles llamarlo por su nombre y despegó sus raíces para andar sobre la tierra fértil. Cada paso un reino de espinas enrarecidas. Cada huella un dibujo de semillas vírgenes.

Santos

Desde la grieta se asoma el rostro del reptil alucinado. Caen con el filo hacia arriba los cuchillos perdidos en la fiesta de los viejos espíritus. De piedra fantasmal se hicieron las lápidas en el camposanto de la luz. Toca aflojar los aparejos en el barco que viaja vertical sobre las nubes. Es tachadura, línea borrada este decir de verso magullado, descalzo, pálpito de la intuición abriendo su rostro en zanjas de noche oscura. Habla la estrella con su voz de niña estremecida. Entre los mantos, otra es la boca que escupe lamentos sobre el musgo. Las paredes de la casa ahogan oraciones. Plegarias caídas como imanes del altar de los santos sin cabeza.

Saturnino

En la boca oscura del loco crecen espinas de luz. Pocos sabrán el poder de la espuma que atraviesa los lirios. Cueva de espejos alucinantes. Huellas del hambre con espadas como brazos. Suenan las piedras tras el paso del corcel. Escapan viejas con vestidos blancos y cintillos de flores de lavanda en sus cabezas de sol. Pequeños demonios de espiral iracundo hacen muecas en los charcos. Lengua de fuego sacude el loco entre sus dientes, cuchillos altos y varias ofrendas de ceniza. En el agua de arriba no hay respuestas. Debajo de las faldas, las mujeres esconden a sus hijos cruzados por la sombra. Deseoso de tragarse al mundo, de quemarlo entero, el loco no respira. Susurran por él las ánimas de la guerra equinoccial. Mi amigo el loco. Con saña se abre la cabeza para que vuelen cuervos arrancados. Solo raíz de ortiga y savia de volcán su sangre. Da vueltas en el huerto, el loco. Sin machete ni saco, ni arcabuz, ni un solo recuerdo del maíz.

Verja

La verja del frente se sacude sola. No hay viento ni mano virgen que sacuda. Sobre sus bisagras se pegan los yerbajos. Alimañas de la oscura siembra. Otra piel crece en su cuerpo de óxido. Otros serán los signos cuando abandone los reinos del milagro.

Cántico para el muerto

El hechizo atravesó las venas de la tierra. Comió claveles de vislumbre. Indigestó sus carnes de párpados alucinados. En el primer abandono no hay memoria. Solo flores podridas al fondo del estanque y peces muertos flotando azules en la superficie. No olvides que los himnos traen begonias como ofrendas. Estrellas naciendo en tus manos. Légamo seco deshaciéndose en los dedos. Un atardecer de cuchillos clavados en el tronco del samán. El hechizo es una mariposa traspasada con un alfiler de aire. Reza duro. Ni hacia arriba. Ni hacia abajo. Solo llamas apagándose en el baldío campo de las amapolas.

Mareas Interiores

Procuro de mí mismo la luz en otro templo. Acabo por completo el rombo. Vengo del desierto vestido con espigas de cristal. De crestas y osamentas mi bandera eleva sus plegarias. Las cuerdas que te amarran han roto el cuello del recuerdo. Lo negro es casi casa. Hogar, canto, rebrote. Son riegos, lirios y semillas tu espera en la ventana. Gotas de azul quebrado en el circo del mañana. Despierta ante las hojas. Llanto que deja al mar embravecido. Nubes de polvo espeso. Trozos de sol entre las patas. Paisaje blanco dentro de las ramas. Tras corteza, viaje, savia. Memoria en sus partículas. Venga otro ángel a avisarme que dios revienta en el asfalto. La noche es animal de ojos caídos. La tierra ocupa tres mitades. Vacíos están los cuencos donde quisieron encerrarme. Solo el viento sabe cuando el camino habla. Es del silencio la ceniza donde vive el tiempo. Abraza tus delirios como casas. Sé pez de luz oscurecida en tus mareas interiores. Perdido no estarás si eres del aire. Tranquilo es tu pasado cuando naces piedra.

Raíz disonante

Lengua matorral. De espesa rama abres camino aéreo, filamento anclado en la disonante raíz. Pequeña ola, otro estertor se agitan férulas, grietas de rabia y trono derretido. Arpa, se elevan sueños sígnicos, dominios de la escama. Escupo reptil. Estaca que se hunde en el atardecer de los corimbos. Despierta el dínamo, diagrama del espectro, rígido rugir caen silencios. Carga sílaba expulsada. Hondo y lento escuecen las vasijas. En los morteros las abuelas trituran palabras, machacan sentidos. Lengua rizoma, espiráculo, camino que abren las termitas en la madera del símbolo. Pasa un recuerdo ante mis ojos como una yegua blanca en el desierto. Viejas tormentas de papel crepé. Estambres resentidos. Lengua adiós, chirriar de puertas desangeladas en el templo-canto.

Animal prehistórico

Un olor a muerte vieja viene del monte abandonado. Respiran las raíces la hedentina a cuerpo descompuesto. Pura ternura encapsulada en territorios de aire. Manojo de fantasmas que persisten en el tardío brillo, cadáveres del resplandor. Tufo de tripas chamuscadas. Un campo hostigado en rasgaduras. La carne se deshace en el humo que calcina. Tumba de cocuyos. Pellejo húmedo de sangre. Cacareo extraño de animal prehistórico en busca de otros animales de la tierra negra. Saldrán caminando por la puerta con sus lomos manchados de oscurana. Agua que ríes como alucinado en el altar. Del monte la vieja costumbre de cazar y ser cazado. En el arco la flecha apunta siempre al ciervo de tres patas. La pata que le falta le viene de ese olor a muerte vieja. La pata que le falta está atrapada en los dientes afilados del poema.

La beata

Descalza la beata danza con los pies suspendidos en el aire. Sus dedos casi tocan el fuego erigido para la celebración. Diez yeguas pasearon por el valle antes del ocaso. Reverdecieron las especies en el cazo dispuesto sobre la mesa. Las matronas oraron. Sus voces se confundieron con los insectos de la noche. La piedra que ellos levantaron para el sacrificio brilló como una estrella a punto de morir. A través de los ladridos del perro, un difunto habló con el cabrío. Descalza la beata subió sobre el techo como un animal enloquecido y los niños apretaron crucifijos contra el pecho.

Cabezas

Con los pies llenos de llagas arribaron mis poemas a la casa de los desposeídos. Famélicos y cabizbajos. Nada traían en sus manos callosas, ni en sus cuerpos enroscados en alambre. A la mesa se sentaron. Cubiertos de rosarios y peonías. Ansiosos, apoyaron sus cabezas sobre los platos. Eran otros los comensales. En la cocina no quedaba nada para rellenar sus estómagos de estambre. El elegido elevó hacia el cielo el hacha. Sus cabezas fueron alimento en el banquete de los brujos envejecidos.

Estallada brújula

Brújula estallada, sin dirección corre en la noche el lobo atávico. Esto que escurre en su boca es madera derribada del bosque silente. Pasan moiras como hachazos de luz entre las ramas. Huellas del indistinguible erigen figuras oblicuas en la nieve. El vidrio es comida para los reptiles del frío. Pistilo abraza cada insecto. Arrastra la babosa su casa de lamentos. Descarga el sol una plegaria en el carámbano que busca regresar al río. El agua es la forma final del tiempo. Brújula se quiebra, en sus agujas muere un arlequín de oro.

Temblar

Colibrí de agujas, carga en tu aleteo el mal del mundo. Espesas tinieblas guardan en los corredores almas desfiguradas. El gallo del destiempo arroja el peso de su canto sobre las cayenas del patio. Vierten sus lágrimas en el tintero animales de tierra virgen, torceduras de cobre. Barro con pulgas, lugar del perro con los dientes manchados de hollín. Es puro este temblar de ramas en la noche que entra con sus miles de ojos por la grieta que se escribe en la ventana. Colibrí de agujas, ahíto reflejo del grimorio.

El libro de los códigos

Al libro de los códigos le salieron patas. Se fue con el alambre enredado entre los dedos. Lo siguieron niños ciegos con pañuelos blancos en las manos. Detrás iban los muertos con cestas de palma, cargadas de naranjas agrias y mazorcas descompuestas. Esparcía el pobre sus secretos en aceras de nadie. El peso de una historia nunca antes contada le encorvaba la espalda. Con su rostro al filo de los adoquines fue soltando una por una las hojas de su cuerpo. Puñados de palabras frágiles se pegaban a las faldas de las hijas. Los abuelos usaban sus sombreros como cuencos. Y la bruja del bohío preparaba sus hechizos en morteros de piedra lisa. Las cifras y los códigos se volvieron playas. Los amantes se comieron a los recién nacidos. En la iglesia se encerraron todos. El padre puso los cristos boca abajo. En el cielo nubes negras recibieron el cadáver del último misterio.

Índice

I. Armazón

Ciervo Sagrado 15
La Edad del Agua 16
Pozo relincho 17
Epístola del escorpión 18
Ángeles de Alejandría 19
Las hijas numéricas 20
Cruces de palma 21
Lluvia 22
Dripping 23
Cautiverio 24
Perro bendito 25
Opabinia 26
Disforia de ataúdes 27
Corimbo 28
Corona 29
Flecha y mandíbula 30
De números con caracoles 31
Los vagabundos 32

II. Motor

Extraños metales 37
Sándalo 38
Hortensia 39
Súbita golondrina 40
Mecánica celeste 41
Abedules 42
8 mil monedas 43

Un beau cas pathologique 44
Colonia 45
Náufrago impuro 46
Nictibio 47
Sellos 48
Nido 49
Trópico 50
Niño 51
Cima 52
Gendarme 53

III. Engranajes

Placenta 59
Burro negro 60
Labatut partido 61
Música de fondo 62
Criatura Extraña 63
Santos 64
Saturnino 65
Verja 66
Cántico para el muerto 67
Mareas Interiores 68
Raíz disonante 69
Animal prehistórico 70
La beata 71
Cabezas 72
Estallada brújula 73
Temblar 74
El libro de los códigos 75

Máquina de hacer despedidas
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en la Organización Gráficas Capriles
Caracas, Dtto. Capital, Venezuela
son 300 ejemplares

VIII BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
GUSTAVO PEREIRA
POESÍA - 2025



LIWIN ACOSTA

MÁQUINA DE HACER DESPEDIDAS

En *Máquina de hacer despedidas* el lector encontrará un trabajo de lenguaje impecable. La voz poética construye un juego lingüístico cuya profundidad de temas mezcla lo mítico, lo sagrado, lo espiritual y lo científico para crear las expresiones que le dan fuerza, sonoridad y realidad a la sensorialidad desplegada en este poemario. Presentamos con esta edición un texto poético de escritura experimentada y uniforme, donde el hilo simbólico se encuentra finamente dibujado en una intemporalidad que le da la permanencia artística que lo valida como una creación original con alma propia.

LIWIN ACOSTA (Coro 1990)
Es escritor y fotógrafo. Obtuvo el segundo lugar en el Primer Concurso de Joven Poesía Hugo Fernández Oviol, 2017, y también el tercer lugar en su IV edición, en 2020. Recibió menciones en las ediciones III y VI del Concurso de Joven Poesía Rafael Cadenas en los años 2018 y 2021. Ganó el III Concurso Ecos de la Luz en 2019 y el II Premio Internacional de Poesía Bruno Corona Petit, 2022. Como parte de sus publicaciones podemos mencionar: *El hogar de las cenizas* (plaquette de poesía, Ediciones Awen, 2018); los poemarios *arde Plegaria* (LP5 Editores), *Declaración de un niño amanecido* (Palíndromus, 2020), *Like a Hobo* (Palíndromus,2023), *Decir del Pájaro* (Ediciones Petalurgia, 2023) y la novela *El mar de los brujos* (Ediciones Madriguera, 2024).

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

9 789800 126493

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve